

Patxi Zubizarreta

El viaje de novios de mis abuelos les llevó desde Ordizia (Guipúzcoa) hasta Alsasua (Navarra), en un recorrido de aproximadamente treinta kilómetros. Mis padres, sin embargo, llegaron a Madrid, y desde allí continuaron su luna de miel hasta Barcelona. En esta segunda etapa del viaje —que hicieron en avión— yo ya debía de existir, y debido quizás a esta precoz experiencia viajera, siempre me han atraído especialmente los libros de viajes: Julio Villar, Amin Maalouf o los del piloto Saint-Exupéry (por cierto, tengo la costumbre de releer cada año *El Principito* a fin de mantener viva esa sensibilidad que la vida cotidiana se empeña en atrofiarnos).

Llegué al mundo con más de cuatro kilos en una clínica de Tolosa, pero siempre me aconsejaron decir que había nacido en Ordizia. Es así como aprendí a decir mentiras.

Más adelante, a pesar de ir aprendiendo otras muchas cosas, olvidé mi lengua. Pero tuve la suerte de descubrir a Pío Baroja, a Barandiarán, a Xalbador... y volví a sensibilizarme tanto con mi cultura como con las del resto del mundo. Estudié filología, me afiqué en Vitoria-Gasteiz y comencé a escribir tanto para adultos como para jóvenes.

Como apunta B. Atxaga, el espíritu de las personas se asemeja al de las plantas, y con el buen tiempo se alegra, y con el malo se entristece. Y cuando escribí este cuento que ahora os presento, era otoño, llovía y los



gansos habían escrito ya unas cuantas uves en el cielo. Si hubiera hecho mejor tiempo, seguramente habría escrito algo diferente. Además, acababa de conocer a Teófilo Eseberri, ex guarda del Irati (Pirineo navarro) y uno de los últimos vascoparlantes del valle de Salazar. Él me contó la historia del ciervo y a él dedico estas páginas.

Bibliografía

Ametsetako mutila, San Sebastián: Elkar, 1991.

Matias Ploff-en erabakiak, San Sebastián: Erein, 1992.

Gutun harrigarri bat, San Sebastián: Elkar, 1992.